

Soledades compartidas.

Dos cosas amenazan al
mundo el orden y el desorden.
Paul Valery

La soledad junto a la muerte y a la enfermedad (física o mental) son uno de los grandes temores existenciales del hombre. Todas ellas son manifestaciones ineludibles e infranqueables de nuestra vida. La soledad, temor al cuál deseo referirme, podríamos decir en forma instrumental, que se manifiesta generalmente en dos formas; en momentos podemos sentir una sensación de soledad física de necesidad de contacto visual y corporal con otro, y podemos experimentar por otra parte una soledad que es constitutiva de nuestra identidad como seres únicos e irrepetibles. Esta última, la que podríamos llamar soledad existencial, se nos representa como una sensación interna de vacío, como una profunda desorientación respecto a lo que queremos en la vida. Resulta común escuchar, en consulta a algún paciente decir que se siente solo estando acompañado ya que al ser ambas interdependientes a veces podemos confundir una con otra. La primera resulta de entender que solos no podemos encausar ni darle valor a los proyectos de nuestra vida y la segunda es la que nos permite darle un aporte singular a nuestra vida, a través de nuestros atributos esenciales y particulares. De la suerte de este entramado se construye un ser social, un ser insertado, integrado y participado de un sinnúmero de redes de interacción, que lo ordenan y lo desordenan en la dirección que ilusoriamente pretendemos darle al mundo que nos rodea. A esa soledad existencial la persona intenta buscarle solución, vinculándola y considerándola como un problema, pero es esa sensación en diferentes gradientes y ciclos de nuestra vida la que nos hace mover, en la búsqueda de resultados que nuestro proyecto termina por encontrarnos a nosotros. Todo ese camino va delineando un sendero de pura trascendencia que termina cuando nos terminamos.

Debido a que nadie o pocos comparten con nosotros estos íntimos procesos en forma consciente, es que llegamos en ocasiones a entenderlos como porciones impropias de nuestra naturaleza y no como razones irracionales de nuestra subjetividad. Lo primero que intentamos frente a esto, es buscar espacios en donde podamos ahogar o disolver esta foránea sensación. Nuestro contexto no está preparado para contener estas angustias por lo tanto se predispone a crear sitios donde las personas podamos encontrarnos a través de coincidencias que nos tranquilicen. Sitios donde nuestras soledades se comunican, solo ellas se dicen la verdad y saben de ella, Facebook, Que Pasa y otros son los territorios que denuncian las sequías de cruzadas personales pérdidas o inexistentes. Esos son los llamados procesos de **homogeneización y de condensación de la heterogeneidad de las masas**. Son escapes o fugas hacia la frivolidad (entendida como superficialidad). Es un espacio donde lo denso y pesado se disuelve y cobra propiedad de liviandad como la gravedad lunar.

Los ominosos y vergonzantes molinos de viento de nuestra vida adulta no se pueden compartir, al ser algo que debe ser atravesado solo, la masa nos secuestra de nuestra mismidad.

El dolor se ha trasladado a la taberna, donde a penas atravesar el umbral se pierde su memoria y comienza el camino camaleónico de parecerse o **desaparecerse**. De ser alguien más o alguien menos. Lugares donde no se puede pensar, donde uno va a buscar su anonimato. Hay acuerdos tácitos en la aglomeración y es de no encontrarnos con **nosotros**, sino con lugares donde nos veamos siendo **vosotros**. Ese es el fenómeno de la **masa**.

La masa no recapacita y nos exime de reflexionar sobre nosotros mismos. Es un fenómeno donde no somos responsables y solo estamos para reclamar nuestros derechos

de pertenencia. Todo se diluye, todo es efímero. La masa, constituida por emoción envasada no se pregunta porque hace, sino redobla esfuerzos sin propósitos claros. Todos formamos parte de una masa, los procesos de entrada en la homogeneidad y salida de ella, son procesos de conversación necesaria para recrear nuevos contextos de socialización, ya que la socialización como proceso necesita renovarse. Cuando esto no sucede aparecen momentos de alta polaridad, elevado individualismo o exceso de gregarismo. Estas situaciones favorecen la exacerbación de pautas comunes y lo contrario, en ambos casos se pierde el sentido y coherencia de nuestra existencia. Cuando esta interacción no sucede hacen su aparición los organismos burocratizantes quienes segregan mecanismos de instalación de normas y reglas para estabilizar las fuerzas desorganizantes, pero muchas veces estas fuerzas terminan coartando la individualidad. Si esto ocurre la incertidumbre gana lugar y la masa; como droga permitida vuelve a atesorar y reivindicar nuestras ansiedades.

El mundo como repertorio de nuestras posibilidades vitales es un mundo social, una red de interacciones. No es algo ajeno a nuestra vida. Representa todo lo que podemos ser, por lo tanto nuestra potencialidad vital. Lo que ocurre es que ***solo llegamos a ser una parte mínima de lo que podemos ser.***

Al mismo tiempo uno no puede elegir el mundo en el que vive, es una dimensión de fatalidad que integra nuestra vida. “Vivir es sentirse fatalmente obligado a ejercitar la libertad, a decidir lo que vamos a ser en este mundo”¹. Aunque paradójicamente el mundo también hace cosas con nosotros, ***las circunstancias*** son el dilema ante el cual tenemos que decidirnos, allí es donde entra a jugar nuestro carácter y nuestras capacidades. En la vida colectiva ocurre algo parecido, en ella hay un horizonte de circunstancias y alternativas en donde se decide por alguna de ellas de acuerdo al comportamiento colectivo o al estilo de vida colectivo, que esta representado por el carácter dominante de la sociedad.

La vida es la única entidad del universo cuya sustancia colectiva e individual es el ***peligro, el riesgo, la incertidumbre.***

Vivir es estar disparado hacia algo, es caminar hacia una meta. Librada a sí misma cada vida se queda en sí misma vacía sin tener que hacer y como ha de llenarse con algo, se finge frívolamente a sí misma, se adecúa a falsas ocupaciones que nada íntimo y sincero impone. La imaginación es el poder liberador del que el hombre dispone, para enfrentar lo esencialmente confuso e intrincado que es la realidad vital concreta que es siempre única.

Las instituciones sociales junto con sus estructuras y sus funciones (conjunto de normas, costumbres y valores que las sustentan), restituyen el equilibrio actuando como amortiguadores de esa realidad incierta.

Ortega dice; que al abrirse el mundo al hombre medio, aparece el hombre masa. Este no es un tonto, sino al contrario un hombre con ideas taxativas de todo, pero con pérdida del sentido de la audición. Aparece según el la pérdida de normas. Un tipo de hombre que no quiere dar razones, ni quiere tener la razón. La crisis de las normas, la creencia de que ya no hay mandamientos de ninguna clase, de que hay solos derechos y ninguna obligación.

Surgen así hombres que porque dominan una parcela del saber hablan con petulancia y autoridad de todo lo que desconocen. Más que un hombre es solo un caparazón de hombre constituido sin un dentro, sin una intimidad suya. De ahí que esté siempre en disponibilidad de fingir ser cualquier cosa. Tiene solo apetitos y vacío de destino propio, como no siente que existe sobre el planeta para hacer algo determinado e incanjeable, es incapaz de entender que hay misiones particulares y especiales mensajes.

Al no tener un auténtico quehacer huye de la libertad individual hacia la pseudo libertad del hacinado mundo gregario.

Esto nos explica la realidad de un hombre sin propósito, que esta alimentado de los resabios de una filosofía del sin sentido y el narcisismo que existe en la sociedad posmoderna, de una cultura de ideales y programas definidos, a una de caos, ligereza y frivolidad.

Los regímenes globalitarios, se ponen de moda. Todo el mundo percibe a su alrededor que la coartada de la modernidad sirve para que todo se doblegue al nivel de una **estéril uniformidad**. De un extremo al otro del planeta se impone un estilo de vida parecido, expandido por los medios y prescrito empecinadamente por la cultura de masas. En los barrios de las grandes ciudades el encanto de la diversidad cede ante la fulminante ofensiva de la estandarización, la homogeneización, la uniformización. Por todas parte triunfa la World Culture.

El hombre sospecha de esta realidad fotocopiada, pero le aterra corroborarla por eso utiliza ideas, pensamiento y creencias, para defenderse de su vida. Con la imaginación al timón fabrica identidades manufacturadas, que le otorgan el salvoconducto al mundo feliz de Huxley.

Ocurre que la persona que comprende su propia mentira y acepta enfrentarla, debe afrontar el vivir sintiéndose perdido, y solo a partir de este extravío el hombre comienza a encontrarse. Desde este instante actual la persona tiene una constante preocupación y ocupación por el futuro, por lo que viene. Por eso vivir se termina manifestando como una actividad sin pausa y sin descanso.

“Tu ya no te mueves, y no te moverás. Hay un Otro, un duplo, un imitador, un doble aterrador y sombrío quien hace; quizá, en tu lugar, uno a uno, los gestos que vos ya no haces: se levanta; se lava, se afeita, se viste, se va. Vos lo dejás lanzarse por las calles, corre por los surcos, atrapa un tren al vuelo; y llega a la hora indicada, jadeante, triunfal; a las puertas del comienzo”

Cuando los acontecimientos dan un duro golpe a nuestra autoimagen y a nuestra forma de entender el mundo coherente con nuestras teorías e identidades. Cuando estos intentos fracasan y los acontecimientos llegan a afectar a los cimientos de nuestra identidad, perdemos el control de una realidad que ya no nos resulta familiar y nos vemos obligados a crear otra. Esa otra realidad es la que nos otorga la masa. Es la instancia intermedia que combate con nosotros en un pugilato constante por ser nosotros o representar una falsificación legitimada de nosotros mismos.

La masa, no se caracteriza entonces por una clasificación social, sino funcional. Desde esta perspectiva todos pertenecemos a ella, salimos de ella cuando cumplimos una función especial para volver a ella cuando dejamos de realizarla. La paradoja y el desafío de la vida de una sociedad que se sabe sola en su esencia humana y pretende cierta madurez, es la de navegar besando en sus dos orillas la posibilidad pertenecer a un orden con valores, costumbres y propósitos compartidos sin perderse en la oportunidad de integrar una red de desordenada y excelsa diversidad.

Bibliografía Consultada:

1. Ortega y Gasset. La Rebelión de las masas.
2. Nestor Carlisky. Vivir sin proyecto.
3. Ignacio Ramonet. Un mundo sin rumbo.
4. Elliot. Jaques. Defensa contra la ansiedad. Rol de los sistemas sociales.
5. Robert Neimeyer. Aprender de la pérdida.
6. Lebon.